

## IV CONCURSO DE RELATOS ERÓTICOS

EL ENCUENTRO

Había llovido la noche anterior. El suelo estaba húmedo y de las hojas de los árboles aún colgaban pequeñas gotas de agua que esperaban caer forzadas por la gravedad, mientras brillaban bajo los escasos rayos de sol que empezaban a penetrar entre los edificios. Era una plaza grande, en el centro de la ciudad. Estaba llena de césped, palmeras, algún álamo que otro y algún sauce, todos alrededor de una gran fuente. Había bancos para que la gente se sentase a descansar o para que las parejas de novios se besaran bajo la luz de la luna, pero ahora estaban vacíos. Eran las ocho menos cuarto de la mañana y el frío otoñal se mostraba sin tapujos a esas horas.

Entre todos esos bancos, entre todos esos árboles, entre todo ese césped, había una pequeña zona en la que brotaban multitud de tréboles. Entre todos estos tréboles, destacaba uno majestuoso, sintiéndose especial y desafiando todas las normas de la naturaleza con sus cuatro resplandecientes hojas. De repente, un pie calzado con un caro zapato de piel, cayó a su lado lleno de barro, aplastando unos cuantos de sus compañeros de tres hojas. A este pie lo seguía una pierna larga, enfundada en unos pantalones grises, de pinzas. Esta pierna estaba acompañada por otra casi simétrica, y los pantalones lo estaban por una chaqueta del mismo color, que cubría una camisa blanca y una corbata estampada sujeta con un alfiler de oro. El dueño de este traje, llevaba un maletín en una mano y un paraguas en la otra. Era un hombre joven, de unos veintisiete años, con mirada ausente y expresión preocupada. Se detuvo ante el trébol de cuatro hojas y su seria cara se difuminó en una sonrisa. Se agachó y arrancó el trébol, que lo había hecho sonreír por primera vez en mucho tiempo. Lo secó con un pañuelo, se lo guardó en el bolsillo de la camisa y siguió andando apresuradamente hacia su oficina de trabajo, mientras pensaba que, quizás, ese fuese su día de suerte.

Ivan González era un joven abogado, que gracias a sus numerosos éxitos profesionales había conseguido ascender rápidamente. Esa mañana la pasó en su despacho hasta la hora de comer. Tenía tanto trabajo que no había podido ni almorzar, así que poco después de la una salió casi corriendo hacia un restaurante de buena calidad que no quedaba muy lejos de su oficina. Iba andando apresuradamente por la calle cuando algo llamó su atención y se detuvo en seco. Vio a una muchacha alta, vestida con una minifalda negra y una blusa azul, que se dirigía hacia él. Observó su negro pelo rizado, sus enormes ojos castaños, su perfecta nariz recta, su sensual boca, culminada con dos prominentes labios carnosos y su barbilla puntiaguda.

*“¡No puede ser!”* -se dijo a sí mismo, intentando convencerse de algo que no era cierto.

*“¡No puede ser ella!”*

- ¿Eva? -preguntó cuando ella llegó a su lado-. ¿Eres Eva?

- Sí. ¿Quién...? ¡Ivan! -la sorpresa de ella no fue menor-. ¿Qué estás haciendo aquí?

- Yo vivo y trabajo aquí. Pero, ¿y tú? ¿Qué haces aquí?

- Yo también trabajo aquí.

- ¿Ah sí? ¿Desde cuando?

- Desde el verano -respondió ella-. Aprobé las oposiciones de enfermería y me destinaron aquí.

- ¡Vaya! ¡Qué sorpresa! -continuó Ivan, todavía nervioso-. Iba a comer ahora.

- Yo también iba a comer.

- ¡Estupendo! Si quieres podemos comer juntos -ella parecía pensativa, así que Ivan intentó convencerla con más esmero-. Vamos, han pasado cuatro años...

- Casi cinco -corrigió ella.

- Bueno, pues casi cinco años desde la última vez que nos vimos. Déjame invitarte a comer y hablemos mientras lo hacemos de cómo nos ha ido, de las cosas que dejamos atrás y las

cosas que hemos elegido para que pasen a formar parte de nuestra vida.

- La verdad es que me encantaría comer contigo, pero había quedado con una amiga. Sin embargo, si me esperas un momento la llamaré y quedaré con ella para otro día.

- De acuerdo -convino él jovial y alegre, como no se había sentido desde hacía años-. En el restaurante donde voy a comer tienen teléfono, si quieres puedes llamar desde allí.

- Está bien -decidió ella poniéndose en marcha.

El restaurante estaba a la vuelta de la manzana, por lo que no tuvieron que andar mucho. Entraron e Ivan pidió una mesa para dos, mientras que Eva fue a llamar por teléfono. Cuando terminó y se dirigió a la mesa, ya había dos Martinis rosados, con dos aceitunas violadas por un palillo, en el interior de cada vaso, y una rodajita de limón.

- Veo que recuerdas mis gustos -comentó Eva mientras se sentaba a la mesa.

- Durante estos años, no he olvidado nada relacionado contigo -Ivan pegó un primer trago de su Martini, mientras la miraba a ella sonriente.

- ¿Qué tal te va en el trabajo? -Antes de que Ivan pudiese contestar llegó un camarero con las cartas del menú y les entregó una a cada uno. Abrió cada uno la suya y, mientras la miraba, Ivan respondió la pregunta que había quedado en el aire:

- Bien. He formado una sociedad con 3 amigos de la Universidad y el trabajo se nos desborda de las manos. Creo que somos ya demasiado conocidos en esta ciudad.

- Eso es bueno.

- Sí, es bueno para ganar dinero, pero no para disfrutar de la vida. Casi no tengo tiempo para mí. ¿Y tú? ¿Qué hay de tu trabajo?

- Bueno, este mes ha sido muy raro en el hospital. -Llegados a este punto de la conversación se acercó el camarero y pidieron la comida. Hacía rato que Ivan ya no miraba la carta, tan sólo la había ojeado por encima, pues ya sabía de sobra lo que había en ella. Eva le dijo

que pidiera por ella, así que Ivan dejó los entremeses a elección del camarero (pues, por experiencia ya sabía que él no podría elegir mejor) y pidió un entrecot a la pimienta para él y una lubina a la sal para ella. Para beber, un Marqués de Murrieta, del 82. Eva lo felicitó de nuevo por su buena memoria.

- ¿Dices que ha sido un mes raro? -retomó Ivan la conversación-. ¿Por qué?

- Pues, han pasado cosas muy raras. Desde hace casi un mes, cada vez que alguien moría en el hospital desaparecían sus manos. Nadie sabe cómo ni por qué. Sencillamente aparecían los cadáveres con ambos brazos mutilados por las muñecas.

- Vaya, sí que es raro. ¿No se sabe quién lo hizo?

- Creen que sí -continuó ella-. La semana pasada murió uno de los cirujanos del hospital. Hacía algún tiempo que ya no ejercía, pero se pasaba el día allí, en el hospital encerrado. Lo encontraron muerto en su casa junto a su mujer y otro hombre. Estos dos últimos estaban desnudos y, lo más significativo, encontraron un hacha ensangrentada con la que a ella le habían cortado una de las manos.

- Así que debía de ser ese cirujano. Pero, ¿por qué?

- No lo sé. La policía está investigando, pero no se sabe nada aún.

Llegó el camarero con los entremeses: un plato con rodajas de tomate rociadas con anchoas, aceite y pequeños trocitos de ajo; una tarrina de paté de oca, con panecillos recién tostados; y pimientos rojos fritos con pequeñas gambas, cuyo olor hizo que de inmediato la boca de ambos se convirtiese en una balsa de saliva. Abrió el vino, Ivan lo probó y tras asentir con la cabeza el camarero llenó las copas. Empezaron a comer mientras seguían hablando.

- Cambiemos de tema -pidió Eva, mientras un brillo hipnótico relucía en la superficie de sus ojos negros-. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

- Cómo podría olvidarlo. Fue hace cinco años y lo recuerdo como si fuera ayer. -Ivan

observaba la cara de Eva. Ya casi había olvidado lo perfecta que era. Sus ojos eran grandes y, a pesar de ser oscuros, brillaban con luz propia. Pero lo que más le gustaba era su boca. Tenía unos sabrosos labios carnosos que le excitaban sobremanera. Sí, eran sabrosos, lo sabía por experiencia y le encantaría volver a experimentarlo-. Aquella mañana me levanté tarde, pues la noche anterior había salido de borrachera con mis amigos. Creo que ni siquiera comí. Estábamos de viaje, en Holanda. Habíamos ido a pasar allí una semana y aquél era nuestro tercer día. Recuerdo que por la tarde salí solo a dar una vuelta por la ciudad. Cogí el tranvía y estuve paseándome durante un buen rato. Llegué a una zona de bares y me bajé para tomar algo. Entonces te vi. Estabas tirada en medio de la calle, bocabajo. La gente pasaba a tu lado y no te hacía ni caso, nadie se paraba para ver si te encontrabas mal. Yo me acerqué sorprendido, ya que en Holanda me habían tratado muy bien hasta entonces, había conocido muy buena gente y me pareció muy extraño que nadie se acercase a ayudarte. Te cogí del hombro y te di la vuelta. Entonces vi tu cara y quedé cautivado de inmediato. No creo en el amor a primera vista, y desde luego no digo que me enamorase de ti, pero algo se encendió en mi interior. Entonces, tú abriste los ojos y tus primeras palabras fueron...

- "Pide un deseo". -Le interrumpió ella.

- "Quiero conocerte".-Prosiguió él.

- "Concedido". -Sonrieron al ver que los dos recordaban perfectamente la escena y las palabras exactas que habían pronunciado. Llegó el camarero con el entrecot y la lubina y después de rellenar las copas de vino, retiró los platos vacíos.

- Entramos en un bar y pasamos juntos toda la tarde hablando y contándonos nuestras vidas. Por la noche te invité a cenar en un restaurante, donde cenamos lo mismo que hoy estamos comiendo. Yo me olvidé de mis amigos por completo y la noche la pasamos juntos en un parque. Compramos una botella de whisky y una coca-cola, nos tiramos en el césped y hablamos, y

cuando estuvimos medio borrachos estuvimos corriendo, jugando y peleándonos en el césped. Me lo pasé genial aquella noche.

- Yo también -confirmó Eva mientras le hincaba el diente al pescado. Después siguió ella contando la historia-. Casi a las cinco de la mañana me diste el primer beso. Fue después de pelearnos en el césped. A ti te entró la risa tonta del borracho y yo aproveché para hacerte una llave con la que te derribé. Entonces me senté sobre tu pecho, con las rodillas sobre tus brazos. Tú te seguías riendo y cuando recuperaste el control me tiraste a un lado sin dificultad. Entonces, me cogiste la cabeza con ambas manos, me acariciaste las mejillas con los pulgares y nuestros labios se fundieron en un beso que hizo que me estremeciera de placer. Aún recuerdo tu lengua rozando la mía, examinando cada recoveco de mi boca, mientras nuestros labios se apretaban en medio de un enfurecido mar de sensaciones, donde empezaban a crecer locas oleadas de placer. Recuerdo que después de eso ya no podíamos parar. Empezamos a apretarnos todo el cuerpo, con las manos y con los labios. Nuestras mentes se inundaban con el deseo y nuestros cuerpos actuaban en consecuencia. Yo no quería hacerlo en el parque, no estaba tan borracha, así que me propusiste ir a tu hotel.

- Lo recuerdo -prosiguió Ivan la narración-. Tú me dijiste que no querías ir al hotel, que tenías tu coche aparcado allí cerca y que podíamos irnos a las afueras de la ciudad y hacerlo en el coche. No querías hacerlo en el hotel, querías probar nuevas sensaciones, y allí, en el parque, había demasiada gente, aún siendo mas de las cinco de la mañana. Nos subimos en el coche. Yo no podía parar de tocarte y besarte mientras tú conducías. Mis manos y mi boca se deslizaban por todo tu cuerpo: por tu cara, tus pechos, tus piernas y... después entre ellas. Vi la excitación asomar en tu cara, el placer reflejado en tus ojos y la lujuria brotar de tus labios. Lo que ninguno de los dos vimos fue la farola contra la que chocamos. Y allí se acabó todo. La policía no tardó en venir, nos metieron en una ambulancia y nos llevaron al hospital. Al día siguiente me despierto

y encuentro al lado de la camilla donde había pasado la noche un ramo de flores y una nota. Recuerdo perfectamente lo que ponía, la he leído tantas veces preguntándome por qué, que me la sé de memoria: *“Los médicos me han dicho que te encuentras bien. Ahora tengo que irme. No creo que nos volvamos a ver, pero quiero que sepas que ayer me lo pasé genial, a pesar del accidente. Te deseo lo mejor, un beso, Eva”*. ¿Por qué desapareciste así, sin dejar una dirección o un teléfono o algo? Me he pasado estos cinco años pensando en ti. Desde luego que he estado con otras mujeres, pero ninguna de ellas me ha hecho sentir lo que sentí contigo aquella noche. No he podido dejar de pensar en lo que habría sucedido si no hubiéramos tenido el accidente.

- Eso tiene remedio -continuó ella.

- ¿Qué quieres decir?

- Esta noche, en tu coche, perdámonos en algún descampado y continuemos por donde lo dejamos.

- Pero, ¿por qué te marchaste así? ¿Por qué no dejaste una dirección o un teléfono?

- Eso ya no tiene importancia. ¿De qué sirven ahora las explicaciones? Olvidémonos de lo sucedido, hagamos un paréntesis en nuestros recuerdos y vivamos esta noche como si fuese aquella de hace cinco años. Continuemos exactamente por donde lo dejamos y saboreemos los placeres inesperados que allí dejamos sin probar.

- Está bien, es lo que he estado deseando durante todos estos años.

- Quedamos a la una de la madrugada en la puerta de este mismo restaurante, ¿de acuerdo?

Ivan asintió y con el estómago contraído por la excitación, pagaron y salieron del restaurante sin tomar postre. Se despidieron, dándose un beso en la mejilla y cada uno se dirigió de nuevo a su trabajo.

Las horas se arrastraron lentamente para Ivan, que no pudo hacer nada provechoso en

toda la tarde. Sus pensamientos se desviaban siempre hacia el agradable encuentro y las expectativas de la noche. A pesar de eso, el tiempo pasó y sin darse cuenta se encontró en su casa, recién duchado y con las llaves del coche en la mano. Era la una menos cuarto de la noche. Llevaba unos pantalones vaqueros, una camisa de franela gris y una cazadora negra. Metió la mano derecha en el bolsillo de la camisa y sacó el trébol de cuatro hojas que por la mañana cogiera en el parque. Lo miró, lo besó y lo volvió a guardar en el bolsillo. Salió de la casa y montado en el coche acudió a la cita nervioso. Cuando llegó al restaurante Eva ya estaba allí esperándolo. Ivan se cambió de asiento y dejó que ella condujese. Salieron de la ciudad y se adentraron en un pequeño bosque de pinos que había a menos de diez kilómetros, donde empezaban la montañas. El camino que habían cogido serpenteaba entre los árboles, mientras Ivan iba acariciando el cuerpo de Eva de punta a punta. Por fin, llegaron a un pequeño claro entre los altos árboles. Eva detuvo el coche y paró el motor. Había luna llena y la claridad era perfecta para poder verse el uno al otro sin sentir vergüenza. Eva cogió la palanca de cambio de marchas y empezó a acariciarla con su mano derecha. Primero frotó la punta y después empezó acariciarla de arriba a abajo. Ivan la observaba con loco deseo. Notaba la excitación crecer en su interior mientras ella, sin dejar de acariciar la palanca, se subía la minifalda por encima de la cintura con la otra mano, y empezaba a desabrocharse la blusa. Entonces él la besó con fuerza, metió su mano entre las piernas de ella y apartó las bragas. Sus dedos se perdieron en las profundidades, mientras ella soltaba la palanca de cambio y empezaba a bajarle la cremallera. Ivan se quitó la camisa, se bajó los pantalones y los calzoncillos por debajo de las rodillas y echó el asiento hacia atrás. Agarró las bragas de ella y tiró con fuerza. La tela se rompió fácilmente e Ivan se la llevó a la cara para percibir su excitante olor. Ella le acarició el pecho y empezó a besarle cerca del cuello. Después fue bajando poco a poco. Sacó la lengua y lamió su torso desnudo, desde el cuello a los pezones, después al ombligo y por último... Ivan se estremeció de placer. Dejó escapar un aullido

que retumbó en todo el coche. Entonces, Eva se sentó encima de él. Sus senos no eran demasiado grandes, pero eran firmes y bonitos. Ivan los mordió mientras ella empezaba a moverse. Subía y bajaba. Las oleadas de placer recorrían su cuerpo como un ejército de hormigas que no se detuviera ante nada. Sabía que ya no podría aguantar mucho más. Notaba crecer esa sensación y para él, en ese momento, no existía nada más. Sólo Eva, él y la sensación. Pero, el brillo de los ojos de ella comenzó a hacerse más intenso, mientras que su cara empezó a volverse borrosa. Se convirtió en una especie de espectro que se iba difuminando, para dejar tan sólo el brillo de sus ojos y esa sensación. La sensación de placer no desaparecía, sino que aumentaba y aumentaba y aumentaba, hasta que por fin llegó al punto máximo e Ivan estalló. Eva había desaparecido por completo en ese momento, tan sólo había quedado el brillo de sus ojos que se había fundido con la luminosidad de dos estrellas. Ivan las miraba con la cara contorsionada, mientras el producto de su placer se desparramaba por el parabrisas y el salpicadero. Por fin terminó la sensación. Su cara se contrajo, la tapó con las manos pegajosas y rompió a llorar. Las lágrimas brotaron durante más de diez minutos y después, sin darse cuenta, como un viejo amigo que viniera a visitarle, se quedó dormido y vinieron los sueños a recordarle una vieja historia. De nuevo se vio en Holanda, con Eva en el parque. Disfrutaban como niños jugando y haciendo el tonto. Entonces, se calentaba la cosa y cogían el coche. Eva conducía mientras él se aprovechaba de su cuerpo. Entonces el accidente. La farola, la sangre, los gritos. La cogía por el brazo, tiraba de ella, la sacaba a rastras. La sangre, la sangre, siempre aparecía la sangre cubriéndolo todo. Después el hospital. Se despierta, se encuentra bien, el accidente no ha sido grave, al menos no para él. Pero, ¿y Eva? La sangre, de nuevo ese color rojo vuelve a su memoria, y después el olor dulzón, enfermizo, de matadero. Uno de los médicos se acerca a él: *"I'm sorry, but your girlfriend is dead"* -le dice con un malísimo acento inglés. No, eso no. Eva no puede estar muerta. Además, ella no era su novia, seguro que no se refiere a Eva, se debe haber confundido. El médico se retira

e Ivan se queda en la cama, y se duerme de nuevo.

Al cabo de media hora se despertó de nuevo en su coche. Abrió los ojos, aún húmedos por las lágrimas, y se subió los calzoncillos y los pantalones con las manos aún pegajosas. Sacó un paquete de servilletas de la guantera, se limpió las manos, la cara y después el cristal y el salpicadero del coche. Se sentó de nuevo en el asiento del conductor, arrancó y agarró el volante con fuerza. Metió la mano en el bolsillo de su camisa y extrajo el trébol, un rudimentario trébol de tres hojas, ya casi seco. Lo tiró por la ventana y condujo lentamente de vuelta a casa. Su cara volvía a estar triste y su mirada ausente. Seguiría así por lo menos un mes, hasta que decidiera que era hora de volver a encontrarse con Eva y culminar lo que aquella fatídica noche no habían podido. Era lo único bueno de su aburrida vida de abogado, aquel encuentro mensual con la mejor chica que había conocido en su vida y de la que se había enamorado locamente en solo una noche. Debía de estar loco, pero de todas las noches que había pasado con alguna chica, ninguna había superado aquel encuentro mágico en el que se unía a un ser celestial que lo miraba desde las estrellas, una unión por encima de lo material, de lo físico. Un éxtasis sexual más allá de este mundo, un viaje inolvidable lejos de la realidad, transportado por el amor de su corazón, la imaginación de su mente y la suavidad de su mano. Era su encuentro, su placer, su desahogo y nadie jamás podría quitarle eso.